

Las victorias del gran Aníbal Barca durante la segunda guerra romano-púnica *

III. La batalla de Trasimeno

THE VICTORIES OF THE GREAT HANNIBAL BARCA
DURING THE SECOND PUNIC-ROMAN WAR

III. THE BATTLE OF THE TRASIMENO

José M^a Manuel García-Osuna y Rodríguez
Doctor en Historia

Resumen

El gran Aníbal Barca entra en la Gran Historia con paso firme y, tras las victorias de los inicios de la Segunda Guerra entre Roma y Cartago, aquí narradas, una gran esperanza y un clamor de libertad recorrió la cuenca del Mar Mediterráneo, pero Roma ahogaría en sangre esta posibilidad de un mejor comportamiento, el púnico, de un Imperio.

Palabras clave: Aníbal Barca el Grande, P. Cornelio Escipión el Viejo, los Alpes, Tito Livio.

Abstract

The great Hannibal Barca entered the Great History with a steady pace and, after the victories between Rome and Carthage at the beginning of the Second War, which are related here, hope and clamor for freedom covered the Mediterranean Basin. However, Rome drowned in blood the possibility of a better Punic behavior of the Empire.

Keywords: The great Hannibal Barca, P. Cornelius Scipio the elder, the Alps, Titus Livius.

*Última entrega de la serie de tres capítulos que han sido publicados en los números 2 (I. Batalla de Tesino) y 4 (II. Batalla de Trebia), respectivamente, de esta revista.

La gran batalla de Trasimeno, 21 de junio del año 217 a. C.

Aníbal Barca sale de las terribles Amarismas del río Arno, cerca de la actual población de Fiesole; a pesar de todo, Flaminio, que se encuentra en Arezzo, no tendrá ninguna noticia de ello, los romanos, de nuevo, van a perder la oportunidad de plantar cara al jefe púnico, quien tenía una superioridad cualitativa circunscrita a su genial estrategia y a su magnífica caballería nómada, a la que tanto echará de menos en la batalla de Zama frente a P. Cornelio Escipión Africano. Aníbal había estudiado la idiosincrasia, tan particular, del cónsul Flaminio Nepote, y sabía cómo debería torcer sus orgullosas decisiones, sobre las que solían influir la opinión pública de la urbe capitolina. Entonces, con toda rapidez, Aníbal Barca va a arrasarse la actual Chianti, y quemó todas las granjas con sus cosechas respectivas; Flaminio lo observaba, desde muy cerca, y no estaba dispuesto a permitir aquella debacle agrícola, sobre todo para él que siempre había sido muy sensible a la defensa de la política agraria romana. Por todo ello, Flaminio Nepote se va a lanzar en la persecución de Aníbal, intentando atacarlo; el caudillo cartaginés se va a adentrar en el valle de Chiana, fingiendo que se dirige hacia la propia Roma y, en ese momento, Flaminio se vuelve hacia Cortona, pero, cuando nadie lo esperaba, el gran Aníbal Barca cambió su marcha en dirección Este, hacia Perugia, dejando las colinas de Cortona hacia el Oeste; y a finales del mes de junio, con las luces del atardecer ya en todo su esplendor, los púnicos desaparecieron, milagrosamente, en el desfiladero de Borghetto, entre el Norte del lago Trasimeno y los contrafuertes del monte Gualandro. Tras el desfiladero, la llanura costera de Tuoro, abría su pequeño tamaño hasta alcanzar 3km. de profundidad y, nuevamente se cerraba, cerca de Passignano, por los cerros de Montigeto. Será, por lo tanto, en una estrecha franja de tierra, conformada por las colinas que rodean al lago Trasimeno,

donde el genial púnico marque las normas de la batalla, en esa lengua de tierra que llega hasta Torricella, antes de que esa prolongación de tierra se dirija hacia el Sureste en dirección a Perugia. Ahí estará, Aníbal Barca el Grande, preparando su ratonera para encerrar a los romanos. *«Aníbal devasta con todos los horrores de la guerra el territorio situado entre la ciudad de Cortona y el lago Trasimeno para exacerbar en mayor medida la rabia del enemigo e impulsarlo a vengar los desafueros sufridos por sus aliados; había llegado ya a unos parajes hechos a propósito para una emboscada, donde el Trasimeno se acerca más a los montes de Cortona. Separándolos solo hay un camino muy estrecho, como si se hubiera dejado adrede sitio con ese fin precisamente; a continuación se abre una explanada ligeramente más espaciosa, donde arrancan las colinas. Sitúa el campamento allí, en terreno abierto, donde se quedaría él mismo con los africanos y los hispanos únicamente; a los baleares y demás tropas ligeras los lleva, dando un rodeo, a situarse detrás de los montes; la caballería la coloca a la entrada misma del estrechamiento del camino debidamente oculta por unos montículos para que, cuando los romanos pasasen, les bloqueara el paso y quedara todo cerrado por el lago y los montes. Flaminio llegó al lago antes de la puesta del sol; al día siguiente, sin efectuar reconocimiento alguno, rebasó el estrecho paso cuando apenas había amanecido, y cuando la columna comenzó a desplegarse en la planicie más ancha, solamente divisó el contingente de tropas enemigas que tenía enfrente: la emboscada tendida a su espalda y sobre su cabeza le pasó desapercibida. El cartaginés, cuando tuvo al enemigo encerrado entre el lago y los montes y rodeado por sus tropas, tal como él se había propuesto, dio la señal de ataque a todos al mismo tiempo. Cuando se lanzaron a la carrera por donde a cada uno le pillaba más cerca, lo súbito de la acción cogió por sorpresa a los romanos, a lo cual contribuyó el hecho de que la niebla que había surgido del lago era más espesa en el llano que en los montes y las columnas enemigas habían bajado desde diversas colinas, pudiendo verse bien entre sí y actuando por ello más sincronizadas. Los romanos se dieron cuenta de que estaban rodeados por los gritos de*

guerra surgidos de todas partes antes de que se formasen debidamente las líneas y se pudieran aprestar las armas y desenvainar las espadas»¹. «En el camino había un valle en pendiente, y en toda su longitud, a ambos lados, se levantaban collados altos y contiguos; por la parte delantera opuesta este desfiladero estaba obstaculizado en toda su abertura por un monte escarpado y difícil; por la parte de atrás había un lago que dejaba solo un paso muy estrecho en dirección al desfiladero, al pie de la cadena montañosa. Aníbal lo atravesó bordeando el lago y ocupó personalmente la altura que se oponía frontalmente al camino; acampó allí con los africanos y los íberos. Destacó a los baleares y a los lanceros de la vanguardia bajo los collados de la derecha del desfiladero, y los situó estirando su línea lo más posible. Y lo mismo hizo con los galos: les mandó que rodearan los collados de la izquierda, y les extendió en una hilera continua, de manera que los últimos ocupaban ya el acceso que, entre el lago y las cadenas montañosas, conduce hacia el lugar mencionado. Aníbal lo había dispuesto todo durante la noche, y había rodeado de emboscadas el valle en pendiente; después quedó a la expectativa. Flaminio le seguía los pasos, deseoso de establecer contacto con los enemigos. En la víspera había acampado junto al lago, ya muy entrado el día. Cuando apunta el alba del día siguiente mandó que su vanguardia avanzara y bordeara el lago hasta la misma entrada del valle, con intención de atacar al adversario»².



Moneda de los Bércidas
(s. III a.C. Museo Arqueológico Nacional, Madrid)

El campamento de los cartagineses estaba detrás de los cerros de Montigeto. Allí emboscó a sus tropas más aguerridas, que eran los africanos y los íberos, mientras que la infantería ligera cuidaba las laderas de las colinas frente al lago Trasimeno; en Tuoro estaban los galos y los celtíberos, y a la salida del desfiladero estaba la caballería perfectamente camuflados sus componentes; contra aquella ratonera se lanzaría, a ciegas, el cónsul plebeyo romano citado, Flaminio Nepote. En el amanecer del día 21 de junio, Flaminio Nepote se adentró en el desfiladero sin exploradores. El día estaba neblinoso. Entonces, Aníbal, tocó a zafarrancho de combate, ya que la visibilidad de los romanos era muy débil, todo ello dificultaba las posibilidades de una alineación perfecta de los legionarios, por parte de centuriones y de tribunos militares; el desconcierto de los soldados de Roma fue inenarrable y en el espacio de tres horas, Flaminio, perdió quince mil legionarios y él mismo era herido por causa de una lanzada proveniente de las filas de los galos. «Se combatió durante casi tres horas, y en todas partes encarnizadamente; la lucha fue sin embargo más dura y enconada en torno al cónsul. Le acompañaba lo mejor de sus hombres, y él, allí donde notaba que los suyos sufrían acoso y estaban en dificultades, acudía en su apoyo con denuedo, y como sus armas le hacían destacar, los enemigos atacaban con enorme empuje y los suyos lo cubrían, hasta que un jinete ínsubre llamado Ducario, reconociendo también el rostro del cónsul, dijo a los de su país: "Aquí está, éste es el que destruyó nuestras legiones y arrasó nuestros campos y nuestra ciudad; ahora mismo voy a ofrecer yo esta víctima a los manes de nuestros antepasados ignominiosamente asesinados". Y picando espuelas a su caballo se lanza a la carga por entre las cerradísimas filas enemigas, mata primero al escudero, que se le puso delante cuando llegaba amenazador, y atraviesa al cónsul con su lanza; cuando pretendía coger los despojos, los triarios se lo impidieron cubriéndole con sus escudos. A partir de ese momento se inició la huida de una gran parte del ejército, y ya ni el lago ni los montes eran un obstáculo para su pánico; escapan por todas

¹ Tito Livio, Óp. cit., XXII, 4.

² Polibio, Óp. cit., III, 83.

partes, por derroteros angostos y escarpados, sin mirar, y armas y hombres se precipitan unos por encima de otros. Una gran parte, a falta de sitio por donde huir, se meten en el agua por el suelo fangoso cercano a la orilla y se hunden hasta que solo les queda la cabeza fuera del agua; los hubo incluso que en su miedo irracional se vieron impelidos a intentar la huida a nado, y como era una huida interminable y desesperada, se descorazonaban y se los tragaban los remolinos, o después de agotarse inútilmente daban la vuelta buscando de nuevo con enorme dificultad dónde hacer pie, y allí eran liquidados a discreción por los jinetes enemigos que se metían en el agua. Casi seis mil de los de vanguardia se abrieron paso con denuedo por entre los enemigos que les hacían frente, y sin saber nada de lo que ocurría a sus espaldas escaparon de la cañada e hicieron alto en un montículo, y solamente oían el griterío y el ruido de las armas, sin que les fuera posible, por culpa de la niebla, saber o apreciar cuál era el desarrollo del combate. Por fin, cuando, decantado ya el resultado, el sol cobró fuerza y disipando la niebla abrió el día, entonces, limpia ya la atmósfera, los montes y los llanos mostraron el desastre y el triste hundimiento del ejército romano. Por eso, no fueran a avistarlos desde lejos y lanzaron en pos de ellos a la caballería, cogieron precipitadamente las enseñas y apresurando la marcha todo lo que podían se escabulleron. Al día siguiente cuando aparte de todo lo demás les acuciaba también un hambre extremada, cuando Maharbal, que les había dado alcance después de perseguirlos de noche con todas las tropas de a caballo, les dio su palabra de que les dejaría marchar con lo puesto si entregaban las armas, ellos se rindieron; esta palabra la cumplió Aníbal con lealtad púnica: todos fueron hechos prisioneros»³.

La retaguardia romana no pudo salir hacia la llanura del Tuoro y se vio obligada a retroceder, por la presión de la caballería de los africanos, hasta el propio lago Trasimeno, donde los legionarios romanos se ahogaron por el peso de sus armaduras o fueron masacrados en el agua por los caballeros cartagineses; sólo consiguieron salvarse seis mil del total de los soldados

del SPQR de vanguardia, los cuales fueron cogidos prisioneros, cerca del lago de Plestia, por los íberos y piqueros de Maharbal, que les hizo la firme promesa de salvarles la vida si entregaban sus armas; pero Aníbal Barca restableció sus prerrogativas de comandante en jefe de la milicia púnica y no su lugarteniente, por lo que reunió a estos con el resto de los prisioneros, en total unos quince mil, y los dividió en dos grupos: los romanos fueron entregados a las diferentes unidades del ejército cartaginés como esclavos, y a los aliados se les devolvió a sus respectivos hogares sin tener que pagar ningún tipo de rescate. El gran caudillo púnico solo pretendía luchar contra Roma, y así lo anunciaba de continuo a los cuatro vientos, y pretendía restituirles la libertad que el SPQR les había robado. Aníbal rindió, además, honras funerarias, no sólo a sus mil quinientos soldados muertos, sobre todo de entre los galos cisalpinos, sino, asimismo, a los oficiales del ejército romano muertos en la conflagración. Pero a pesar de intentarlo no pudo hallar el cadáver de C. Flaminio Nepote, aunque el púnico recogió todas las armas caídas junto a los cuerpos muertos de los romanos, lo que le va a permitir reequipar a sus soldados “a la romana”. Se piensa que la cabeza de Flaminio fue cortada como trofeo por su “matador”, tal como hacían los galos habitualmente y no se pudieron, obviamente, identificar sus restos mortales.

Descanso de la milicia cartaginesa en la costa del mar Adriático

Maharbal se dirigió con la caballería contra los cuatro mil jinetes de refuerzo enviados por Cn. Servilio Gémino, y los que no murieron fueron cautivados. En Roma, la depresión popular fue total y absoluta. El pretor peregrino, M. Pomponio Matho, proclamó la derrota de sus legionarios, en el Foro, ante un populacho romano, que además de no estar acostumbrado a las derrotas se hallaba en una situación políticamente inesperada, ya que uno de los cónsules había muerto en la batalla y el otro

³ Tito Livio, Óp. cit., XXII, 6.

(Servilio Gémino) se encontraba bloqueado con su infantería en Rímini. A pesar de todo lo que había ocurrido, Aníbal Barca cometió su primera torpeza o equivocación, que decenas de años después lamentaría, y la cuestión fue que estimó que todavía no estaba la fruta madura y no era el momento oportuno para marchar contra la propia urbe capitolina. «Precisamente durante los días de esta batalla Gneo Servilio, el cónsul que mandaba en la región de Rímini situada frente a la costa del Adriático, allí donde las llanuras galas limitan con el resto de Italia, no lejos de la desembocadura de las bocas del Po en el mar, sabedor de que Aníbal había invadido la Etruria y de que había acampado frente a Flaminio, se propuso juntársele con todas sus tropas. Pero imposibilitado por la lentitud de su ejército destacó a toda prisa a Gayo Centenio, a quien confió cuatro mil jinetes; por si las necesidades lo exigían, quería que éste se adelantara antes de llegar él mismo. Aníbal se enteró del socorro enemigo cuando la batalla ya había concluido, y envía a Maharbal con los lanceros y parte de la caballería. Éstos acometieron a los hombres de Gayo, y en la primera refriega mataron casi a la mitad de ellos; persiguieron a los restantes hasta una loma, y al día siguiente los cogieron prisioneros a todos. En la ciudad de Roma hacía tres días que se había anunciado la pérdida de la batalla; la consternación había alcanzado su punto máximo, y cuando sobrevino este segundo desastre, no solo el pueblo, sino el mismo senado cayó en un profundo desaliento. Dejaron de lado la discusión de los asuntos del año y la provisión de las magistraturas, y deliberaron a fondo sobre la situación; creían que ella y las circunstancias presentes exigían un dictador. Aníbal, aunque confiaba ya en una victoria total, por el momento renunció a acercarse a Roma; iba recorriendo el país y lo devastaba impunemente: dirigía su marcha en dirección al Mar Adriático. Atravesó los territorios de los umbros y el de los picenos, y al cabo de diez días llegó a la región adriática. Se había apoderado de un botín tan grande, que su ejército se veía incapaz de llevar y de transportar sus ganancias. Además, durante la marcha causó muchas bajas al enemigo; tal como ocurre en la conquista de ciudades, también entonces se pasó la orden de matar a todos los hombres en edad militar que

encontraran. Y esto lo hacía por su odio congénito contra los romanos»⁴.



Mango de puñal votivo. (Siglo III a.C. Museo Arqueológico Nacional, Madrid)

La gran urbe del SPQR estaba guarnecida por las denominadas murallas servianas, por haber sido construidas en la época del rey Servio Tulio, creadas a mediados del siglo VI a. C., pero reforzadas y ampliadas tras la derrota sufrida frente a los galos en el año 390 a. C. En el año 378 a. C., fueron reconstruidas, por orden de los censores, con grandes bloques de piedra, tallada en la cantera etrusca de la *Grotta Oscura*. Estaba conformada por un perímetro de 11 km., con torres de defensa en cada uno de sus codos, que englobaba más de 400 hectáreas; entre las puertas Colina y Celimontana se encontraba un terraplén enorme, el denominado *ager*, que por medio de una suave pendiente subía hacia la cima del muro, formando como una especie de plataforma, para que los defensores romanos pudiesen maniobrar con facilidad. Del lado de los campos se había excavado un foso de unos diez metros de profundidad. Por todo lo que antecede daba la impresión de que el asedio de Roma, si se emprendía en toda regla, hacía necesario una poliorcética importante y sofisticada; para ello Aníbal Barca debería haber movilizadado a todo su ejército con la finalidad de construir todos los elementos necesarios para el asedio, con lo que debería transformar su guerra de movimiento continuo, en algo diferente, que no lo tenía meditado y que sería una guerra de posiciones, pero bien que habría cambiado

⁴ Polibio, Óp. cit., III, 86.

su praxis si hubiese tenido el más mínimo conocimiento sobre cuál iba a ser el final de su pueblo y como las gastaba el imperialismo genocida de Roma. No obstante, en estos momentos, el planteamiento bélico general de los militares cartagineses, si exceptuamos, a lo mejor, a Maharbal, no era el de cercar Roma. Aníbal Barca el Grande deseaba seguir saqueando los Campos Latinos y, por medio de este comportamiento tan depredatorio, obligar al SPQR a acudir a apagar todo tipo de fuegos y, de esta forma, poder derrotar con facilidad a sus legiones, con lo que podría dejar en ridículo a sus legendarios legionarios ante sus aliados itálicos, y por ello verse obligados, los romanos, a confesar su incapacidad para defenderlos.

La milicia de los púnicos padecía, además, lo que Polibio define como “la sarna del hambre” o “limopsoros”. «En esta ocasión, cuando Aníbal acampó en la costa del Adriático, en una tierra muy fértil, que da frutos de todas clases, puso un interés especial en curar y recuperar a sus hombres, no menos que a los caballos. Había pasado el invierno al aire libre en el territorio de los galos; el frío y la falta de cuidados, las penalidades posteriores y el paso por los lugares pantanosos habían producido en casi todos los caballos y también en los hombres la llamada sarna del hambre y malestares semejantes. Aníbal, convertido en dueño de un país ubérrimo, restableció el cuerpo de sus caballos y el cuerpo y el espíritu de sus hombres. Cambió el equipo de los africanos a la manera romana, con armas escogidas de entre tantos despojos como había capturado. También en este momento mandó por mar legados a Cartago, que describieran lo sucedido. Pues entonces por primera vez tocó la costa desde que había penetrado en Italia. Cuando los oyeron, los cartagineses exultaron de alegría, y pusieron todo su interés y providencia en ayudar, de todos los modos posibles, a las acciones de Italia y de España. Los romanos, por su parte, nombraron dictador a Quinto Fabio, hombre de prudencia excepcional y de ilustre nacimiento. Todavía hoy entre nosotros los hombres de su linaje son llamados Máximos, es decir, los más grandes, debido a las acciones y a los éxitos de

aquél. He aquí las diferencias que hay entre un dictador y los cónsules. Éstos tienen, cada uno, un cortejo de doce lictores, mientras que el dictador lo tiene de veinticuatro. Los cónsules muchas veces necesitan del senado para ejecutar sus planes; el dictador es un general que goza de plenos poderes. Cuando ha sido nombrado, en Roma se anulan todas las magistraturas, a excepción de los tribunos de la plebe. Pero de esto se hará una exposición más detallada en otro lugar. Los romanos, pues, nombraron un dictador, y junto con él a Marco Minucio como comandante de la caballería. Éste está sometido al dictador, pero le substituye en el mando cuando algo retiene al dictador en otra parte»⁵.

Los soldados y los animales de los púnicos estaban muy quebrantados y el reposo de todos era vital para llevar a buen puerto la guerra, por lo que el caudillo cartaginés atravesó la Umbría, por la vía Flaminia y girando hacia el Este desembocó, descendiendo por el valle del Chianti, en las ricas llanuras del Piceno. Diez días más tarde estaba, ya, en la costa del Adriático, el botín era tan ingente que sus soldados tenían grandes dificultades para llevarse cuanto conseguían. Aníbal montó, pues, su campamento entre las regiones del Piceno y de la Apulia, un territorio ubérrimo que era casi como un paraíso. «Aníbal iba moviendo su campamento en etapas breves, y no salía de la región adriática. Disponía en abundancia de vino añejo y con él lavaba a los caballos; era una medicina para su mal estado y su sarna. Lo mismo hacía con los hombres: curaba a los heridos y procuraba que los restantes soldados adquirieran vigor y valor para las necesidades que se aproximaban. Atravesó y devastó las tierras de los pretutios con la población de Adria, después las de los marrucinos y las de los frentenianos; luego avanzó hacia Yapiigia. Este país está dividido en tres partes, el territorio de los daunios, el de los peucetios y el de los mesapios; Aníbal invadió el primero, la Daunia. Empezó por aquí, por Luceria, que era colonia romana, e iba devastando el país. Posteriormente cambió de emplazamiento y acampó junto al lugar llamado

⁵ Polibio, Óp. cit., III, 87.

Ibonio, recorrió el territorio de Argiripa y saqueó impunemente toda la Daunia. Entretanto, Fabio, tras su investidura, ofreció sacrificios a los dioses, salió con su colega en el mando y con las cuatro legiones alistadas para esta circunstancia. Cerca de Narnia estableció contacto con las fuerzas romanas que habían salido de Rímini para prestar ayuda. Relevó a su jefe, Gneo Servilio, del mando del ejército de tierra, y le envió a Roma con una escolta, con la orden de que si los cartagineses se movían por mar, acudiera siempre a proteger los lugares que corrieran peligro. Y él personalmente, junto con su ayudante en el mando, tomó a sus órdenes las tropas y acampó delante de los cartagineses, en el lugar llamado Eca, que distaba del enemigo unos cincuenta estadios»⁶.

Todos los heridos, de los púnicos, se iban restableciendo paulatinamente. Cartago recibía las oportunas cartas informativas, por parte de su héroe; Aníbal Barca reequipaba a sus soldados con las armas cogidas a los romanos muertos, sobre todo con el largo *scutum*, rectangular y oval, que era mucho mejor que la *cetra* (pequeño escudo de cuero o adarga). Una vez restablecidos sus soldados y sus caballos atiborrados de forraje, Aníbal comenzó, de nuevo, a marchar arrasando los territorios regidos por el derecho latino de los marrucinos, de los frentanos y el de Adria, hasta llegar a Luceria que era otra colonia latina, llegando a la pugliese Arpi. Roma no tenía más remedio que reaccionar, estaba obligada a ello.



Relieve en mármol con vendedores de telas mostrando sus géneros a la clientela.

Quinto Fabio Máximo Cunctator “el ContempORIZADOR”

La Dictadura, en la Roma de la Antigüedad, era una magistratura excepcional, a la que el Estado del SPQR recurría cuando los cónsules estaban indispuestos temporalmente, pero era necesario que el dictador fuese nombrado por uno de los cónsules. A finales del mes de junio del año 217 a. C., no se cumplían ninguna de las condiciones exigibles necesarias para ello, por lo que la excepcionalidad exigía que los comicios centuriados se encargasen de la elección. La susodicha recayó, entonces, sobre Quinto Fabio Máximo Verrucoso, que ya había sido cónsul en los años 233 a. C. y 228 a. C., y censor en el 230 a. C. Era el descendiente de una vieja familia de patricios y debía su apelativo de “Máximo” a su abuelo Q. Fabio Ruliano, que lo había conseguido durante las terribles y cruentas guerras de los romanos contra los samnitas; en las vísperas del inicio de la Segunda Guerra Romana o Romana-Púnica o de Roma contra Cartago, se había colocado del lado de los que estaban a favor o eran partidarios de la negociación diplomática con los cartagineses y no de la guerra, pero estos púnicos con los que él podía hablar o dialogar eran precisamente los mayores enemigos de los Bárcidas, en su propia patria. Es decir el taimado, envidioso y felón jefe de la oligarquía agraria cartaginesa africanista, enemiga de cualquier tipo de aventura imperialista fuera de África y que era el general Hannón el Grande; por todo ello y en función de la educación que había recibido, Aníbal Barca, debía ser su irredento enemigo y no podía existir, entre ambos, ninguna posibilidad de negociación.

El dictador tenía la autoridad suficiente como para poder escoger a su adjunto o jefe de su Estado Mayor, que debería ser un caballero o hiparca; pero de nuevo se produjo otra elección sin precedentes que consistió en que fue la plebe de Roma quien nombró al hiparca. En este caso sería Marco Minucio Rufo, que

⁶ Polibio, *Óp. cit.*, III, 88.

había sido segundo cónsul en el año 221 a. C., y que había demostrado su importancia en la carrera militar en las guerras de Iliria. En la Curia o Senado de Roma, Fabio y Minucio formaban parte de dos grupos políticos diferentes y enfrentados, por lo que este dúo llevaba en su nacimiento el germen del caos y del fracaso más absoluto. Lo primero que hizo Fabio Máximo fue acusar a Flaminio Nepote de ser el culpable y la causa del fracaso ante Aníbal Barca, por el desprecio que realizó hacia los auspicios, además de que en el caso del segundo cónsul muerto, el hecho ya era reincidente, porque se había mostrado esquivo e insensible hacia aquellos presagios divinos, antes de Trasimeno, que para los romanos eran muy importantes. Por encima de todo se encontraba la cuestión del estandarte hincado en la tierra y que el susodicho Flaminio Nepote había ordenado que fuese extraído a golpes de pico. Momentos antes, su caballo se habría venido al suelo, de repente, y el mencionado cónsul se había caído de su montura, pero tampoco se había tomado en serio este aviso. Tras una consulta con los Libros Sibilinos, que eran mitológicos y proféticos de la Antigua Roma, se decidió renovar el Voto al dios Marte, el de la guerra, y dedicar a Venus Ericina un templo, consagrado en persona por el propio dictador. El Sumo Pontífice, Lucio Cornelio Léntulo, sometió al pueblo el exvoto de una primavera sagrada. *«Promulgados estos decretos del senado, el pontífice máximo Lucio Cornelio Léntulo, ante una consulta del pretor al colegio, dictamina que antes de nada hay que consultar al pueblo acerca de la primavera sagrada: sin un mandato del pueblo no se puede hacer esa promesa con voto. Se le pidió al pueblo que se pronunciase en estos términos: “¿Queréis y mandáis que se haga así lo que sigue? Si la república del pueblo romano de los Quirites, durante el quinquenio próximo, según yo deseo y por lo que hago votos, sale sana y salva de las guerras siguientes: la guerra que hay entre el pueblo romano y el cartaginés, y las guerras en que está con los galos de este lado de los Alpes, que entonces el pueblo romano de los Quirites done en ofrenda todo lo que en*

primavera nazca de los rebaños de cerdos, ovejas, cabras y bueyes, y que no haya sido consagrado, y sea inmolado a Júpiter, a partir del día que el senado y el pueblo romano dispongan. El que lo haga, hágalo cuando quiera y con el rito que quiera; de cualquier modo que lo hiciera, bien hecho esté. Si muere lo que tenía que ser inmolado, pierda el carácter de sagrado y no haya sacrificio. Si alguien lo daña o mata inadvertidamente, no se considere falta. Si alguien lo robare, no se considere delito ni del pueblo ni del propietario. Si lo inmolare en día nefasto sin saberlo, bien inmolado esté. Si lo inmolare de noche o de día, un esclavo o un hombre libre, bien inmolado esté. Si inmolare antes de que el senado y el pueblo dispongan que se haga, quede el pueblo libre y exento de responsabilidad por ello”. Con la misma finalidad se prometieron con voto unos grandes juegos de trescientos treinta y tres mil trescientos treinta y tres ases y un tercio, y además trescientos bueyes a Júpiter, y a muchos otros dioses, bueyes blancos y demás víctimas. Hechas estas promesas votivas en la debida forma, se decretó una rogativa, y participaron en ella con sus mujeres e hijos los hombres de la ciudad y también los del campo, afectados en alguna medida en sus intereses privados por la inquietud pública. Se celebró luego un banquete sagrado durante tres días, encargándose de su organización los decenviros de los sacrificios; a la vista de todos había seis lechos sagrados, dedicados uno a Júpiter y Juno, otro a Neptuno y Minerva, un tercero a Marte y Venus, el cuarto a Apolo y Diana, a Vulcano y Vesta el quinto, el sexto a Mercurio y Ceres. A continuación se prometieron con voto los templos. La promesa del templo a Venus Ericina la hizo el dictador Quinto Fabio Máximo, pues de acuerdo con los libros del destino se había dictaminado que hiciese el voto quien detentase la máxima autoridad en la ciudad; la promesa votiva del templo a la Inteligencia la hizo el pretor Tito Otacilio»⁷.

El rito preveía el sacrificar, a la divinidad, toda la producción de la primavera siguiente; en la época de los orígenes de Roma, el mencionado ritual incluía sacrificios de tipo-molk semejantes a

⁷ Tito Livio, Óp. cit., XXII, 10.

los que se realizaban en el *tofet* (donde se cree que se inmolaban los primogénitos cartagineses de las familias distinguidas, cuando había graves peligros para la ciudad) de Cartago, incluyendo cachorros de animales o recién nacidos humanos.

Q. Fabio Máximo reclutó dos nuevas legiones que fueron concentradas en Tibur-Tívoli, luego se unió a Servilio Gémino en Narnia, yendo hacia Preneste-Palestrina por la vía Latina, condujo a sus legiones hasta la Apulia, reagrupó a las poblaciones que iba evacuando a su paso y, a la vez, realizaba una política de tierra quemada por el itinerario que se pensaba que iba a tener que atravesar la milicia cartaginesa. En el denominado como “tacón de la bota” peninsular itálica o Apulia sentaría sus reales y, concretamente, en Eclae-Troja y desde allí pudo contemplar el campamento de los africanos que se encontraba situado en Vibinum-Bovino. Anibal Barca comenzó a provocar al romano, pero este se negó a entrar al juego púnico y no aceptó el combate. Anibal arrasó, pues, el territorio de Benevento, conquistó Telesia y desde ahí, por Cales, en el territorio de la cerealística Campania, llegaría al Norte del valle del Vulturno, que era la tierra del famoso vino del falerno. Fabio Máximo se desplazó, a pesar de las reticencias de quienes le rodeaban, en paralelo al ejército de los púnicos, dando solo pequeños golpes de mano, tratando de minar la moral del gran Aníbal, quien con su inteligencia y agudeza habituales iba quemando todas las granjas que hallaba a su paso menos aquellas tierras que pertenecían al propio dictador, e hizo correr el bulo de que todo aquello estaba concitado dentro del trato y pago, que se le hacía en las negociaciones secretas existentes entre él y el dictador beneficiado por aquellos actos depredatorios. En Roma se le volvía a motejar, como le había ocurrido en su infancia, con el burlesco calificativo o remoquete de ovejilla u *Ovicula*; y su ejército lo amenazaba con amotinarse. En el otoño del año 217 a. C., decidió, finalmente, pasar a la acción. «Ahora sabía, gracias a sus espías, que

Aníbal se disponía a ganar de nuevo la Apulia para pasar allí la estación mala, enriquecido con el botín amasado durante el verano. Tomando la delantera, el dictador cerró el paso del valle del Vulturno ocupando Casilino, cerca de Capua. Al mismo tiempo, enviaba a Minucio a vigilar y defender el estrecho paso de la vía Apia al norte de Sinuessa. De modo que, para salir de la Campania, a Aníbal le quedaba el angosto valle de Callicula, al norte de Cales. Fabio estableció allí su campamento. Apostó cuatro mil hombres en el desfiladero, y él mismo tomó posición con el grueso de su tropa en una colina que dominaba la entrada del paso. Pero el jefe púnico valoró rápidamente la situación y, para frustrar la trampa que se le tendía, recurrió a un ardid tal vez ya experimentado en los Alpes. Hizo recoger a Asdrúbal Lacón [uno de sus lugartenientes] la mayor cantidad posible de ramas secas, y con ellas se fabricaron gavillas que se ataron a las astas de dos mil bueyes procedentes del ganado reunido como botín. Poco antes del alba, las bestias así equipadas fueron azuzadas hacia las cimas que dominaban el paso y se prendió fuego a las ramas. Confundidos por todas aquellas luces, los soldados que vigilaban el desfiladero subieron hacia las cimas. La vía quedaba libre para el ejército púnico, que pasó sin apenas lucha»⁸.



Relieve en mármol del interior de una botica romana

⁸ S. Lancel, *Óp. cit.*

Aníbal regresó a la región de la Apulia, dando un gran rodeo por las tierras de los pelignos, al Norte del País de los Samnitas, luego decidió invernar en Gereonium. Entonces, Minucio Rufo, que se encontraba en solitario al mando de las legiones, decidió desobedecer al prudente Fabio Máximo, que se hallaba en Roma, con motivo de unas ceremonias de tipo religioso, e intentar apostar por la victoria, su euforia se incrementó al obtener pequeños éxitos parciales, que en realidad eran empates o añagazas del caudillo cartaginés, pero que en la urbe capitolina se magnificaron por medio del clan hostil a Fabio Máximo. En la asamblea de la plebe, el oportuno tribuno de la plebe llamado Marco Metilio arengaría al pueblo reclamando que se produjese un plebiscito para que el hiparca Minucio Rufo tuviese iguales poderes militares a los del dictador Fabio Máximo, aunque el Senado apoyaba al dictador y deseaba guillotinar aquel movimiento sedicioso popular, restableciendo la autoridad consular; como Servilio Gémino estaba lejos, los comicios centuriados eligieron, al ser convocados por Fabio Máximo, a M. Atilio Régulo como cónsul sufecto o sustituto, que era uno de los hijos del homónimo y perjuro Régulo (cónsul en los años 267 a. C. y 256 a. C.) que había muerto prisionero en Cartago, en la Primera Guerra Romana-Púnica, pero la plebe no estaba dispuesta a ceder, por lo que el plebiscito se aprobó gracias al compromiso de C. Terencio Varrón, que será el desdichado y desacertado cónsul plebeyo en la debacle de Cannas.



Moneda siculo-púnica acuñada por los cartagineses en Sicilia.
(Siglo IV a C. Biblioteca Nacional, París)

Por lo tanto, ya existían dos dictadores, por lo que el anacronismo político estaba servido para favorecer, de forma indirecta, a Aníbal. Ya sabía el Bárcida que debía enfrentarse al hiparca, el lugar sería el valle del Fortore, que era un lugar sin vegetación y que no se prestaba a las habituales añagazas cartaginesas, pero Aníbal descubrió que existían pequeñas cuevas y depresiones, por lo que allí apostó hasta a cinco mil infantes y quinientos caballeros en grupos de dos o de tres centenas. Al amanecer, la infantería ligera púnica ya ocupaba la colina. Minucio Rufo atacó con su infantería, para a continuación, con su caballería y, al observar que Aníbal enviaba refuerzos, avanzó con sus dos legiones en orden de combate, los africanos salieron de sus agujeros y los acorralaron por la retaguardia, por lo que Fabio Máximo se vio obligado a restablecer el *status quo*. Entonces Aníbal Barca detuvo la concusión bélica. «Entonces Fabio, que primero oyó los gritos de pánico y después vio a lo lejos el desorden de la formación, dijo: “¡Vaya!, no antes de lo que me temía, la suerte atrapa a la temeridad. Igualado a Fabio en mando, ve a un Aníbal superior en valor y suerte. Pero ya habrá otro momento para discutir y amonestarle, ahora sacad las enseñas fuera de la empalizada, arranquémosles al enemigo la victoria y a los compatriotas el reconocimiento de su error”. Cuando ya la mayoría habían caído o buscaban en torno con la mirada un sitio por donde huir, se les presenta de pronto el ejército de Fabio como caído del cielo para ayudarles. Antes, pues, de que estuviesen a tiro de dardo o llegasen al cuerpo a cuerpo, refrenó la huida en desbandada de los suyos y la desmedida furia con que los enemigos combatían. Los que habían roto las filas y vagaban dispersos, desde todas partes corrieron a incorporarse al renovado frente de batalla; los que habían vuelto la espalda al unísono, más numerosos, se volvieron contra el enemigo, y formando círculo, unas veces se replegaban poco a poco y otras, apiñados, se mantenían firmes. Y ya casi se había formado un solo frente con el ejército vencido y el de refresco y se disponían a avanzar contra el enemigo cuando el cartaginés mandó tocar a retirada, reconociendo abiertamente Aníbal que él había

vencido a Minucio pero Fabio le había vencido a él. Transcurrida así la mayor parte del día entre alternativas de la suerte, regresaron al campamento y Minucio reunió a los soldados y dijo: “Yo he oído muchas veces, soldados, que el primer puesto es para el hombre que resuelve por sí mismo lo que procede hacer, y el segundo, para el que obedece a quien manda como es debido; el que no sabe ni resolver por sí mismo ni obedecer a otro, ése ocupa el último lugar en talento. Nosotros, ya que nos ha sido negada la primera cualidad del espíritu y del talento, atengámonos a la segunda o intermedia, y mientras aprendemos a mandar, hagámonos a la idea de obedecer al dotado en prudencia. Unamos nuestro campamento al de Fabio. Cuando llevemos las enseñas hasta su tienda de mando, una vez que yo lo llame padre como corresponde a su buen comportamiento para con nosotros y a su dignidad, vosotros, soldados, saludaréis con el nombre de patronos a aquellos que con sus armas y sus diestras os acaban de defender, y ya que no otra cosa, que este día nos reporte al menos la gloria de ser agradecidos”. Se da la señal y se vocea a continuación la orden de recoger los bagajes. Se ponen en marcha, y al avanzar en formación hacia el campamento del dictador suscitan la sorpresa de éste y de todos los circunstantes. Una vez estacionadas las enseñas ante la tienda de mando, el jefe de la caballería se adelanta, llama padre a Fabio, su ejército en pleno saluda como patronos a los soldados de Fabio que lo rodean, y dice: “A mis padres, dictador, con los que acabo de parangonarte solo de nombre, la única cosa que puedo hacer de palabra, les debo la vida; a ti, mi salvación y, además, la de todos éstos. Por ello, yo el primero me pronuncio en contra y derogo el plebiscito que para mí ha supuesto una carga más que un honor, y vuelvo a someterme (que ello sea para bien tuyo y mío y de estos tus ejércitos, el salvador y el salvado) a tu mando y tus auspicios, y te devuelvo estas enseñas y legiones. Te ruego que tengas a bien disponer que yo conserve la jefatura de la caballería, y éstos, cada uno su graduación”. Se dieron entonces la mano, y los soldados, disuelta la asamblea, eran invitados amistosa y hospitalariamente por conocidos y desconocidos, acabando felizmente aquel día, poco antes extremadamente funesto y casi execrable. En Roma, cuando llegaron rumores de la acción

llevada a cabo, confirmados más tarde por cartas de los propios generales y más aún de los soldados de ambos ejércitos de forma masiva, todo el mundo elogiaba a Máximo poniéndolo por las nubes. Igualmente alto era su prestigio ante Aníbal y los enemigos cartagineses, y entonces por fin se daban cuenta de que era contra romanos y en Italia la guerra, pues durante los dos últimos años habían despreciado a los generales y soldados romanos hasta el extremo de costarles creer que la guerra fuese con la misma gente de la que sus padres les habían contado cosas terribles. Dicen incluso que cuando Aníbal volvía del campo de batalla manifestó que por fin aquella nube que solía estacionarse en la cima de las montañas había estallado en lluvia seguida de tempestad»⁹.

«Aníbal sabía unas cosas por prisioneros capturados, y los hechos que veía le hacían adivinar las otras. Comprendía la rivalidad de los generales romanos y la vanidad y la ambición de Marco. Y creyó que lo que ocurría entre los enemigos no le era adverso, sino favorable. Dirigió su atención a Marco: pretendía rebatir su audacia y superarle en ardor. Entre el campamento cartaginés y el de Marco había un montecillo que podía ser perjudicial a los dos bandos, por lo que determinó ocuparlo. Pero intuía claramente, por el éxito romano anterior, que Marco Minucio acudiría inmediatamente para obstaculizar su intento, de modo que ideó lo que sigue. Los lugares que rodeaban la eminencia eran áridos, pero ofrecían muchas cavernas y hendiduras de todas clases; por la noche envió, en grupos de doscientos o trescientos a los lugares más aptos para emboscarse, quinientos jinetes y un total de unos cinco mil infantes armados a la ligera. Para que no fueran vistos al amanecer por los forrajeadores romanos, al despuntar el día ocupó la loma con su infantería ligera. Marco Minucio, al ver lo ocurrido, lo creyó un signo de buena suerte; mandó al punto a su infantería ligera con la orden de luchar y de pelear por aquel lugar; después envió a la caballería, y a continuación marchó él mismo con las tropas pesadas, igual que la vez anterior, actuando en cada caso más o menos de la misma manera. Acababa de amanecer, y los pensamientos y los ojos de todos estaban fijos en los que habían

⁹ Tito Livio, Óp. cit., XXII, 29 y 30.

trabado combate en la loma; no se sospechaba la carga de los emboscados. Aníbal enviaba ininterrumpidamente refuerzos a sus hombres de la colina, siguiendo él personalmente paso a paso con su caballería y con sus tropas; resultó que los de a caballo trabaron prontamente combate entre ellos. Al ocurrir esto, la infantería ligera romana se vio presionada por la gran masa de caballería enemiga, y al huir hacia sus fuerzas pesadas produjo una gran confusión. Y fue entonces cuando se dio la señal a los cartagineses emboscados, los cuales aparecieron y atacaron por todos lados; y no solo sobre la infantería ligera, sino que sobre todo el ejército romano se abatió un grave peligro. Fabio se dio cuenta de lo que pasaba, y, temiendo sufrir una derrota decisiva, efectuó una salida con sus fuerzas y socorrió con gran celo a los que corrían peligro. Como se aproximó a toda prisa, los romanos recobraron su ánimo, y, a pesar de haber deshecho ya toda su formación, de nuevo se reagruparon en torno a sus estandartes, se retiraron y se refugiaron entre los hombres de Fabio. La infantería ligera había sufrido muchas bajas, pero aún más las legiones, que perdieron la flor y nata de sus hombres. Aníbal y los suyos temieron el estado íntegro y el orden de las legiones que acudían a reforzar, de modo que desistieron de la persecución y de la batalla. Para los que habían asistido personalmente a la refriega quedó claro que todo se perdió por la temeridad de Marco Minucio, y que todo hasta entonces, y también entonces, se había salvado por la prevención de Fabio. Los habitantes de Roma reconocieron, por fin, claramente, la diferencia real entre la vanagloria y la precipitación de un soldado, y la previsión y el cálculo seguro y razonable de un general. Enseñados por los acontecimientos, los romanos establecieron de nuevo un campamento único con una sola estacada, y desde entonces atendieron ya a Fabio y a sus consejos. Los cartagineses abrieron un foso en el espacio intermedio entre la loma y su propio campamento, rodearon con una estacada la cima del monte, que ahora dominaban, y dejaron allí una guarnición, tras lo cual, ya sin peligro, dispusieron su propia invernada»¹⁰.

Marco Minucio Rufo rechazó el título de dictador e hizo una pública retractación ante Quinto Fabio Máximo por su anómalo comportamiento, que tantas desgracias pudo haber causado al Estado del SPQR, pero la prudencia de Fabio Máximo nunca ganó adeptos en la propia urbe capitolina, su apodo de "Cunctator" le fue otorgado tras su muerte, ya que era muy negativo y no un *cognomen ex uirtute*. Cuando se conmemoró su muerte, en el año 203 a. C., y antes de la batalla de Zama, Tito Livio recordaría el verso del poeta Ennio en sus anales (años 168 o 167 a. C.) que le habría calificado de forma lapidaria como: "Unus homo nobis cunctando restituit rem", que se puede traducir por: "Un solo hombre, contemporizando, restableció nuestra situación". Habían tenido que transcurrir dos generaciones antes de que Quinto Fabio Máximo tuviese su merecida estatua.



Armadura púnica decorada con una representación del dios Baal Hammón.
(Museo de Cartago)

¹⁰ Polibio, Óp. cit., III, 104 y 105.

Definición y opinión sobre Aníbal Barca el Grande, por parte del historiador romano, Tito Livio

En un famoso epígrafe, el historiador de los romanos y prorromano a ultranza, Tito Livio, realiza un análisis sobre el genial militar y político cartaginés, Aníbal Barca el Grande, que se debe citar *ad littera*; utilizando los malévolos e interesados juicios tópicos sobre sus supuestos defectos que, casi con toda seguridad no se acercan a la más mínima realidad, sobre todo, en lo que se refiere a su plausible impiedad, viniendo de un romano que vivía en una época romana en la que el agnóstico príncipe, el Emperador César Augusto, era el Pontífice Máximo y, abundando más, si cabe, al referirse a una civilización como la cartaginesa en la que todos los nombres de sus hombres y de sus mujeres son teóforos, es decir portan el nombre de una divinidad en los suyos. Sin comentar, más que de pasada, el aserto de los púnicos, referido a una Roma Republicana que: “firmaba acuerdos, con ellos, que nunca cumplía” «Enviado Aníbal a Hispania, nada más llegar se ganó a todo el ejército. Era, pensaban los viejos soldados, Amílcar [Amílcar Barca, su padre, el genio militar de la Primera Guerra Romana-Púnica] joven redivivo; veían en él el mismo vigor en la expresión, la misma energía en sus ojos, el mismo talante, los mismos rasgos. Luego Aníbal obró en seguida de manera tal que todo cuanto había en él de su padre quedó rápidamente ensombrecido por sus otras muchas cualidades. Jamás un mismo carácter fue más apto para los comportamientos más opuestos, la

obediencia y el mando. También resulta difícil calibrar quién le apreciaba más, si el general Asdrúbal [Asdrúbal Janto o el Bello, su cuñado] o el ejército: de entre todos sus oficiales, Asdrúbal siempre recurría a él para las acciones que requerían mayor intrepidez y energía, y ningún otro jefe despertaba en los soldados el grado de confianza y de admiración que suscitaba Aníbal. Nadie tenía tanta audacia para afrontar el peligro, ni más sangre fría en medio del peligro. Ninguna fatiga podía agotar su cuerpo ni vencer su alma; resistía igual el frío y el calor; en cuanto a la comida y la bebida, se acomodaba a sus necesidades, no a su placer; para vigilar y dormir no hacía ninguna diferencia entre el día y la noche; el tiempo que le dejaban libre sus obligaciones lo dedicaba al sueño, y ese sueño no lo buscaba en un lecho blando o en el silencio: muchos le vieron muchas veces cubierto con un abrigo [capote] de soldado, acostado en el suelo en medio de los centinelas y de los puestos de guardia. Sus ropas no eran en nada distintas a las de los jóvenes de su edad: eran sus armas y sus caballos los que llamaban la atención. De todos los jinetes y de todos los soldados de infantería era, de lejos, el mejor; iba el primero al combate y era el último en retirarse. Pero estas grandes cualidades contrastaban con vicios enormes: una crueldad inhumana, una perfidia más que púnica, ningún anhelo por la verdad, ni sentido de lo sagrado, ni temor de los dioses, ningún respeto por los juramentos ni escrúpulo religioso. Con este carácter, modelado por estas cualidades y estos vicios, sirvió tres años bajo el mando de Asdrúbal, siempre haciendo lo que había que hacer o lo que había de ver para llegar a ser, un día, un gran jefe»¹¹. “Totus aut nihil”.



¹¹ Tito Livio, *Óp. cit.*, XXI, 4.

Bibliografía

- AGUILERA, C. (coordinadora) (1988): *El poder de Roma*. Sarpe.
- AGUILERA, C. (coordinadora) (1988): *Historia Universal. Roma. La Edad Media*. Sarpe.
- ALBORG, J. L. Y BALLESTEROS, M. (1973): *Historia Universal hasta el siglo XIII*. Gredos.
- ALLEN, S. (2007): *Lords of Battle*. Osprey.
- ALMAGRO, M. Y GARCÍA Y BELLIDO, A. (1982): *Historia de España. España Primitiva. La Protohistoria*. Espasa Calpe.
- ALVAR, J.; BAJO, F.; MANGAS, J. Y PLÁCIDO, D. (1994): *Historia Universal. Historia Antigua. Historia 16*.
- ASIMOV, I. (1982): *La República Romana*. Alianza.
- BALLESTER, R. (1989): *Historia de Roma y de la España romana*. Hora.
- BARCELÓ, P. (2000): *Aníbal de Cartago*. Alianza.
- BARCELÓ, P. (2001): *Aníbal*. Acento.
- BERTOLINI, F. (1999): *Historia de Roma*. Edimat.
- BOARDMAN, J.; GRIFFIN, J. Y MURRAY, O. (1998): *Historia Oxford del Mundo Clásico. Roma*. Alianza.
- CASIO, D. (2004): *Historia Romana*. Gredos.
- CHARLES-PICARD, C. ET C. (1958): *La vie quotidienne a Carthage au temps d'Hannibal*. Hachette.
- CHARLES-PICARD, G. (1967): *Hannibal*. Hachette.
- CORNELL, T. Y MATTHEWS, J. (1989): *Roma, legado de un Imperio*. Folio/Círculo de Lectores.
- DEVISMES, F. (1989): *Historia de las Grandes Civilizaciones*. Espasa Calpe.
- DURHAM, D. A. (2005): *Aníbal, el orgullo de Cartago*. Ediciones-B.
- ESLAVA GALÁN, J. (1988): *Yo, Aníbal*. Planeta.
- FATAS, G. (1990): *Historias del Mundo Antiguo. El periodo de las primeras guerras púnicas*. Akal.
- FERNÁNDEZ NIETO, F. J. (coordinador) (2005): *Historia Antigua de Grecia y Roma*. Tirant lo Blanch.
- GLASMAN, G. (2007): *Aníbal, enemigo de Roma*. Nowtilus.
- GOLDSWORTHY, A. (2002): *Las Guerras Púnicas*. Ariel.
- GOLDSWORTHY, A. (2005): *El ejército romano*. Akal.
- GÓMEZ PANTOJA, J. (coordinador) (2003): *Historia Antigua. Grecia y Roma*. Ariel.
- GONZÁLEZ-WAGNER, C. (2000): *Cartago*. Alderabán.
- GRANZOTTO, G. (1995): *Annibale*. Mondadori.
- GUILLÉN, J. (1994): *Urbs Roma, religión y ejército*. Sígueme.
- HAEFS, G. (2000): *Aníbal, la novela de Cartago*. Planeta/De Agostini/Edhasa.
- HARRIS, W. V. (1989): *Guerra e Imperialismo en la Roma Republicana, 327-70 a. C. Siglo-XXI*.
- HERM, G. (1976): *Los Fenicios*. Destino.
- HUSS, W. (1993): *Los Cartagineses*. Gredos.
- HUSS, W. (2001): *Cartago*. Acento.
- KOVALIOV, S. I. (1985): *Historia de Roma*. Sarpe/Akal.
- LAGO, J. I. (2003): *César, Alejandro, Aníbal*. Almena.
- LANCEL, S. (1994): *Cartago*. Crítica.

- LANCEL, S. (1997): *Aníbal*. Crítica.
- LANE FOX, R. (2007): *El Mundo Clásico*. Crítica.
- LARA, F.; FATAS, G.; MARCO, F. Y PASTOR, M. (1986): *Gran Historia Universal. Roma hasta Augusto*. Club Internacional del Libro/Nájera.
- LECKIE, R. (2000): *Yo, Aníbal, general de Cartago*. RBA/Emecé.
- LEGLAY, M. (2001): *Grandeza y decadencia de la República romana*. Cátedra.
- LENDON, J. E. (2006): *Soldados y fantasmas*. Ariel.
- LIVIO, T. (2001): *Historia de Roma desde su fundación, Libros XXI-XXV*. Gredos.
- LÓPEZ BARJA DE QUIROGA, P. Y LOMAS, F. J. (2004): *Historia de Roma*. Akal.
- MANGAS MANJARRÉS, J. (2003): *Historia Universal. Edad Antigua. Roma*. Vicens Vives.
- MIRA GUARDIOLA, M. A. (2000): *Cartago contra Roma*. Alderabán.
- MONTANELLI, I. (1969/1994): *Historia de Roma*. Plaza y Janés/Globus.
- NEPOTE, C. (2002): *Vidas. Aníbal*. Gredos.
- NICOLET, C. (1984): *Roma y la conquista del mundo mediterráneo, 267-27 a. de J. C. La génesis de un Imperio*. Labor.
- PETIT, P. (1986): *Historia de la Antigüedad*. Labor.
- POLIBIO (2000): *Historias*. Gredos.
- PRÉAUX, C. (1984): *El mundo helenístico. Grecia y Oriente, 323-146 a. de J. C.* Labor.
- PREVAS, J. (2001): *Hannibal crosses the Alps*. Da Capo Press.
- ROLDÁN, J. M.; GONZÁLEZ ROMÁN, C.; MUÑOZ, F. A. Y SANTOS YANGUAS, N. (1985): *Roma contra Cartago*. Historia-16.
- ROLDÁN, J. M. (1994): *Roma y la conquista del mundo mediterráneo (264-133, A. C.)*. Síntesis.
- ROLDÁN, J. M. (1995): *historia de roma. La república romana*. Cátedra.
- ROLDÁN, J. M.; GONZÁLEZ ROMÁN, C. Y BENDALA, M. (2000): *Historia de la Humanidad. Roma Republicana*. Arlanza.
- SAEZ, R. (2006): *Cartago contra Roma*. Almena.
- SALVADÓ, A. (2003): *Los ojos de Aníbal*. Martínez Roca.
- SANTOS YANGUAS, N. (2004): *El Imperio romano y el oro de los ástures*. Eureka.
- VACA DE OSMÁ, J. A. (2005): *Grandes generales de la historia*. Espasa Calpe.
- VIDAL, G. (2007): *Retratos de la Antigüedad Romana*. Rialp.
- VV. AA. (2002): *Historia Universal, Larousse. La expansión de Roma*. RBA/Spes.
- VV. AA. (2004): *Historia Universal. Roma*. Salvat/El País.
- WARMINGTON, B. H. (1968): *Storia di Cartagine*. Giulio Einaudi.